

Gert Biesta, o cómo dar sentido al día a día de las aulas desde la teoría de la educación

Carlos Magro Mazo

Gert Biesta es, sin duda, uno de los teóricos de la educación más sugerentes e interesantes de la actualidad. Es catedrático de Educación Pública en el Centro de Educación Pública y Pedagogía de la Universidad de Maynooth (Irlanda) y catedrático de Teoría y Pedagogía de la Educación en la Moray House School of Education and Sport de Edimburgo (Escocia). Lejos de ser un académico alejado de la realidad, siempre ha mostrado un alto compromiso con lo que pasa en las escuelas y con los docentes. En esa línea, desde septiembre de 2020 es miembro del comité científico del currículo en los Países Bajos, encargado de supervisar la remodelación del currículo de primaria y secundaria. Durante 2012 y 2013 fue el responsable del comité de evaluación de la reforma de la formación docente en Flandes (Bélgica).

Sus ámbitos de estudio giran en torno a las relaciones entre educación y democracia, con un interés especial en la educación pública, los fines de la educación, la enseñanza y la docencia. Según Biesta, si queremos decir algo sobre la orientación que debe tomar la educación, debemos complementar la preocupación por los procesos, los resultados, los datos objetivos y la información basada en evidencias con puntos de vista sobre lo que consideramos deseable y valoramos. O, dicho de otro modo, si no queremos entregar la responsabilidad de nuestros procesos y prácticas educativas a abstractos sistemas de medición, es sumamente importante que se lleve a cabo un debate sobre aquello que nuestros esfuerzos educativos deberían tratar de conseguir. La medición de los resultados y los logros educativos, siendo importante, nunca puede reemplazar la respuesta a la pregunta sobre cuál es el propósito de la educación.

No nos basta con defender una educación eficaz, sino que debemos preguntarnos: ¿efectivo para qué? Y, dado que lo que podría ser efectivo para un estudiante o grupo en particular puede no serlo para otras personas o grupos, también tenemos que preguntarnos ¿efectivo para quién?

Como se menciona en este artículo, Biesta vincula la marginación de la cuestión sobre los fines y sobre lo que es una buena educación con un fenómeno al que él ha denominado «aprendificación» de la educación, es decir, la tendencia a reemplazar el lenguaje de la educación por el lenguaje del aprendizaje. Este nuevo lenguaje del

aprendizaje se manifiesta, por ejemplo, en la redefinición de los estudiantes como aprendices, la enseñanza como facilitación del aprendizaje, la educación como la provisión de oportunidades de aprendizaje y las escuelas como ambientes de aprendizaje. Pero, como también nos recuerda el pedagogo neerlandés, la educación no consiste solamente en que los niños y jóvenes aprendan algo, sino en que lo aprendan para un propósito particular y que lo aprendan de alguien.

La educación, a diferencia del aprendizaje, está siempre enmarcada por un *telos*, por un sentido de propósito. Sin olvidar que los medios y fines en educación están interna e intrínsecamente conectados –lo cual es una forma de decir que los estudiantes no solo toman cosas de lo que decimos, sino de cómo lo decimos y cómo lo hacemos–. Los docentes siempre necesitan hacer juicios acerca de lo que es deseable en relación con los diferentes propósitos que enmarcan su práctica. El lenguaje del aprendizaje vuelve los procesos de toma de decisiones sobre las metas del aprendizaje educativo más invisibles e inaccesibles. Y, aunque es cierto que el aprendizaje es una de las principales preocupaciones de la educación, un lenguaje centrado exclusivamente en el aprendizaje hace que sea particularmente difícil lidiar con cuestiones de propósito y también con cuestiones de contenido, currículo y relaciones. Por supuesto, centrarse en el aprendizaje y en los aprendices tiene aspectos positivos; por ejemplo, la posibilidad de emancipación que este nuevo lenguaje del aprendizaje ofrece, en la medida en que puede empoderar a las personas para tomar el control de sus propias agendas educativas. Pero también acarrea problemas. Biesta señala al menos dos, que desarrolla en este artículo.

Uno tiene que ver con el hecho de que aprender es, básicamente, un concepto individualista relacionado con lo que las personas, en tanto que individuos, hacen, incluso si se expresa en nociones como el aprendizaje colaborativo o cooperativo. Lo que contrasta con el concepto de «educación» como relación: alguien educando a otra persona, alguien que enseña y alguien que aprende, y con un cierto sentido del propósito de sus acciones. La enseñanza implica siempre algo que le viene de fuera al educando. La educación no es un proceso de desarrollo de lo que ya está dentro ni uno de adaptación de lo que viene de fuera, sino un diálogo continuo entre el yo y el otro, en el cual ambos son formados y transformados. Un proceso a través del cual «venimos al mundo y el mundo viene a nosotros».

El segundo problema, como ha señalado en el artículo, es que «aprender» es, básicamente, un término que señala un proceso. Aprender está vinculado a procesos y actividades, pero queda abierto –si no vacío– con respecto al contenido («qué aprender») y la dirección que debe tomar ese aprendizaje. La cuestión sobre cuál debe ser el fin de la educación implica, siempre y necesariamente, hacer juicios de valor sobre lo que es «educativamente deseable». Y esto solo puede realizarse co-



Fotografía de Nicolás Liuzzi (fuente: Flickr).

mo respuesta a situaciones únicas y concretas que emergen del encuentro entre estudiantes y docentes.

Para ayudar a devolver el debate educativo al territorio de los «por qué» y los «para qué», Gert Biesta trata de describir los parámetros que, en su opinión, deberían enmarcar las discusiones sobre los objetivos y los fines de la educación. Para ello, plantea que los procesos y las prácticas educativas tienden a funcionar en tres ámbitos diferentes: cualificación –conocimientos y habilidades–, socialización –el encuentro educativo con culturas y tradiciones– y subjetivación –orientación educativa hacia el niño y los estudiantes como sujetos de acción y responsabilidad, no como objetos de intervención e influencia–. Cualificar sería proporcionar el conocimiento, las habilidades, la comprensión y, a menudo, también las disposiciones y los valores que permiten «hacer algo». La socialización tiene que ver con las muchas maneras en que nos convertimos en parte de estructuras sociales, culturales y políticas. Así, la educación juega un papel importante en la continuación de la cultura y la tradición, tanto en sus aspectos deseables como en los indeseables. Pero la educación no solo contribuye a la cualificación y la socialización, sino que también impacta en lo que podríamos llamar «individualización» o, como le gusta decir a Biesta, la «subjetivación», el proceso de convertirse en sujeto –volverse autónomo e independiente–. Si bien en algunas situaciones es posible enfocar nuestros esfuerzos educativos en una sola de estas dimensiones, en realidad siempre habrá una mezcla de los tres propósitos. La pregunta no es si debemos optar por la cualificación, la socialización o la subjetivación, sino qué combinación particular de las tres vemos como más deseable y justificable promover. El debate sobre el «para qué» de la educación hay que hacerlo en relación con estas dimensiones. Si no nos comprometemos explícitamente con la cuestión de la buena educación, existe un riesgo real de que los datos, las estadísticas y los rankings tomen las decisiones por nosotros. Por eso es tan importante conceder a este tema un lugar destacado en nuestros esfuerzos educativos. No dejen de leer a Gert Biesta.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

- BIESTA, G. (2021). *World-centred education. A view for the present*, Londres: Routledge.
- (2019). *Obstinate education: Reconnecting school and society*, Leiden: Brill.
- (2010). *Good education in an age of measurement: Ethics, politics, democracy*, Londres: Routledge.

ALGUNOS LIBROS Y ARTÍCULOS TRADUCIDOS AL CASTELLANO

- BIESTA, G. (2017). *El bello riesgo de educar*, Madrid: SM.
- «Devolver la enseñanza a la educación. Una respuesta a la desaparición del maestro», *Pedagogía y saberes*, n.º 44, pp. 119-129. Recuperado de <http://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/PYS/article/view/4069/3497>
- (2016). «Democracia, ciudadanía y educación: de la socialización a la subjetivación». *Foro de Educación*, n.º 14 (20), pp. 21-34.
- (2014) «¿Medir lo que valoramos o valorar lo que medimos? Globalización, responsabilidad y la noción de propósito de la educación», *Pensamiento Educativo*, n.º 51 (1), pp. 46-57.

Carlos Magro Mazo*

* Dirección para correspondencia: carlos.magromazo@gmail.com